



América Latina y el G-20

Javier Santiso

La reciente reunión del G-20 corroboró lo que se está acelerando desde principios de esta década: el auge y creciente protagonismo de los países emergentes. Este auge es sobre todo el de Asia, y en primer lugar el de China, pero también el de otras regiones del mundo, incluyendo América Latina. De hecho, nada menos que tres países de la región estuvieron presentes en la mesa del G-20: México, Brasil y Argentina.

Tres grandes observaciones se pueden desprender de esta región, cada una con implicaciones para América Latina.

La primera es sin duda el reconocimiento de este foro internacional como espacio legítimo y creíble para lidiar con la crisis global. El mismo hecho de tener nada menos que tres países de la región en este foro es también una ocasión única para la región de impulsar mayor coordinación intrarregional y poder esperar pesar más en decisiones internacionales. El G-20 invita a más búsquedas de consensos intrarregionales, con ellos la región podría aumentar su influencia.

La segunda observación se deriva del creciente protagonismo de China que se está imponiendo como uno de los principales protagonistas del G-20. La cumbre de Londres consagra sin duda al dragón chino como una de las principales potencias emergentes. Hasta hace poco se discutía si China podía o debía sumarse a Rusia en el marco de los G-8. Como lo señalaba el ensayista Timothy Garton Ash, hasta hace poco la política china parecía vestirse de modestia, como si el dragón fuese un lagarto. Desde hace poco, el gigante se despertó. Prueba de ello son las multiplicaciones de las giras internacionales del presidente y vicepresidente de China por África, Asia e incluso por América Latina. En la más reciente de las giras por esta región, en febrero de 2009, incluso el vicepresidente Xi Jinping, presunto heredero de Hu Jintao, se atrevió a dar lecciones a los países ricos (y a Estados Unidos en particular), todo esto ante un público chino en la capital federal de México. Todo un símbolo.

Es así también llamativo cómo, desde hace varios meses, los líderes chinos están multiplicando las acciones y propuestas para cambiar el sistema internacional. En un reciente artículo, el gobernador del banco central chino sugiere la creación de una divisa de reserva internacional por encima del dólar y de las demás divisas. En el mismo ámbito monetario, al igual que la Reserva Federal, el banco central también concretó acuerdos de *currency swap*. En total, hasta la fecha, firmó seis, la mayoría con países asiáticos, pero el último con un país de América Latina, concretamente con Argentina. Por si fuera poco, China está ahora cerrando su tercer acuerdo comercial con un país de América Latina, concretamente con Costa Rica, después de haberlo hecho con Chile y con Perú. En la reciente cumbre del Banco Interamericano de Desarrollo, celebrada en Medellín a finales de marzo 2009, China se estrenó como nuevo miembro de este organismo.

El hecho de que América Latina esté en el radar

chino es en sí positivo para la región. Ciertamente, China representa un reto comercial para algunos países de la región (sus productos compiten directamente con los mexicanos, por ejemplo, en Estados Unidos) pero también representa una oportunidad, no sólo porque absorbe productos de toda América Latina (en 2008 de nuevo las importaciones chinas desde América Latina superaron los 100 mil millones de dólares), sino porque el hecho de que el país se interese por la región agudiza los celos de Estados Unidos y de Europa. Desde que China se interesa por África, el interés de Washington, París o Londres por el continente se ha incrementado.

Una consecuencia para la región de este auge es que lo que ocurra o deje de ocurrir en China tiene ahora una relevancia central para las economías de América Latina. Hace una década, un estornudo en China pasaba inadvertido en América Latina. En el 2009 ha dejado de ser así. De hecho, de cara al 2009, una de las incógnitas para la región será precisamente Asia y en particular China. Para algunos países de la región como Chile, por ejemplo, Asia ya es la principal región de destino de sus exportaciones (35% de las exportaciones chilenas se destinan a esta región del mundo, más que hacia América del Norte o Europa). Para Perú, la cifra es de 19%, y otros como Brasil o Argentina también miran cada vez más hacia el Pacífico. Desde 1995, el intercambio comercial de América Latina y el Caribe con China se ha multiplicado por 13, pasando de 8 mil 400 millones de dólares a más de 100 mil millones de dólares en el 2007. En el 2008, China se ha convertido en el segundo socio comercial de la región, justo después de Estados Unidos. Por si fuera poco, los precios de las materias primas, que representan más de 60% del total de las exportaciones de América Latina, dependen en parte de esta demanda asiática, China devorando petróleo, cobre, soja y otros productos claves de la región.

La última observación derivada del G-20 de Londres, es el nuevo protagonismo cobrado por el Fondo Monetario. Desde septiembre del 2008, el Fondo ha prestado más de 50 mil millones de euros a países emergentes. Hace poco, de manera muy acertada, incluso México negoció una línea de 36 mil millones, en una acción preventiva inédita, buscando así blindarse con un seguro más, algo que los mercados financieros aplaudieron. El aumento de recursos del Fondo, celebrado en Londres, que llevará la capacidad financiera de 186 mil millones de euros hasta 560 mil millones, es sin duda una buena noticia para los países emergentes, los cuales pueden ahora disponer de esa liquidez que tanto está escaseando.

Todas las crisis son injustas. Pero la actual conlleva una paradoja e injusticia incluso mayor: en el mundo de los países emergentes, muchos hicieron sus deberes, se reformaron, apostaron por economías abiertas. Habría cierta injusticia que la crisis se llevara por delante todos estos esfuerzos. Las empresas emergentes, al igual que las de los países OCDE, consiguieron volcarse hacia el exterior y



convertirse en multinacionales. Los indicadores de pobreza lograron mejorar en muchos países. Dejar que este proceso se interrumpa, o peor que retroceda, sería irresponsable. Por ello también haya que celebrar lo decidido en el G-20. Es ahora de esperar que se cumpla con lo acordado. Lo mejor que pueda hacer América Latina, es seguir alzando su voz. El G-20 le ofrece en este sentido una ocasión única de hacer entender su música en este concierto barroco de las naciones. Como en la novela de Alejo Carpentier, estamos presenciando un cambio de melodía, la música clásica de las décadas anteriores, matizándose ahora con aires más exóticos. Algunos de ellos, es de esperar, que sean también latinos.

*Director del Centro de Desarrollo de la OCDE.
Chair del OECD Emerging Markets Network (EmNet)*